

Nicomedia, en vuestro seno vinieron á reunirse en una época todas las acciones inmortales de la virtud y todas las producciones magníficas de la sabiduría: al fecundo calor del Evangelio florecieron entre vosotras, no solamente las costumbres mas puras, sino tambien los talentos mas ilustres, las ciencias y las artes. ¿Dónde están ahora aquellos dechados perfectos de virtud, tantos caractéres de santidad, tantas obras insigues que presentabais á la admiracion del universo? ¿Qué hicisteis de la inmensa gloria que os legaron con su nombre los Basilio, los Gregorios y los Crisóstomos? Mas apartad, Católicos, vuestra vista de la Asia, fijadla por un instante en la extremidad de la Europa; visitad esos nuevos pueblos: ¿dónde está la ciudad de Constantino? ¿No es esta la magnífica, la culta, la sabia ciudad, que mereció en otro siglo los gloriosos renombres de nueva Roma y de segunda Aténas? Dejad la Europa, penetrad en la Africa, recorred esos otros pueblos que fueron la cuna de los Atanasios, Cirilos y Tertulianos, donde la sabia Grecia, animada otra vez con un soplo de vida que le comunicó el Evangelio, revivió toda y santamente depurada del contagio del paganismo, en la célebre escuela de Alejandria, y donde los Ciprianos y Agustinos dieron tanto lustre á las ciudades de Cartago y de Hipona. ¿Qué fué, vuelvo á preguntar, qué fué de estas ciudades famosas, de su opulencia y de su gloria? Yo no veo, Señores, sino campos desiertos, ó pueblos embrutécidos, envueltos en las tinieblas de la ignorancia, presa de las supersticiones mas viles, sin libertad y casi sin patria, encorvados bajo el yugo de un despotismo feroz, espantosamente hundidos en el inmundado fango de los errores y de los crímenes. No puede citarse un solo pueblo, Católicos, donde la fe se haya

extinguido que no se haya precipitado por el mismo hecho en el abismo de la barbarie: el Evangelio, que ha civilizado al mundo, abandona tambien soberanamente en el cieno de la corrupcion á los pueblos ingratos que le desconocen ó persiguen. Estaba, ¡ó Dios! en los atributos de vuestra justicia eterna que sucediese así: era fuerza que la apostasia de los pueblos experimentase los efectos de vuestro furor, y que pudiera decirse á cada una de esas naciones infieles lo que á Israel prevaricador decia uno de vuestros Profetas: „Sabe y confiesa que es muy terrible y amargo el haber abandonado al Señor tu Dios: *Scito, et vide, quia malum et amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum.* (†)

Mas no concluyamos, hermanos míos, esta revista fúnebre de penas y castigos, sin volver todavia una última mirada sobre esa misma Francia, donde hemos presenciado no ha mucho el cuadro mas cumplido de todos los errores, de todas las crueldades, de todos los crímenes y abominaciones que pueden caber en la naturaleza corrompida. No os manifestaré, Señores, la muerte deplorable del filósofo de Ginebra y del Patriarca de Fernéi, estos corifeos de la incredulidad y precursores de la desolacion y esterminio que sufrió el reino cristianísimo de Cleóvis y Carlo Magno: no llamaré vuestra atencion hácia aquellos sacerdotes intrusos, heridos por el rayo del cielo en el instante mismo en que se aprestaban á la posesion de los honores del santuario: correré el velo sobre Marat y Robespierre, por que en esa multitud inmensa se criminales víctimas, es empresa difícil para el orador pasar individualmente la vista por el suplicio de cada

(†) *Jerem. II, 19.*



uno. Es necesario ver de un golpe todo el horrible conjunto, ver á estos malvados luchando inútilmente con su propio destino, perseguir en vano al cielo y á la tierra, y espirar casi á un tiempo mismo entre las maldiciones de Dios y las execraciones del hombre: es necesario verlos sumergidos bajo las ruinas de sus propias instituciones, de estas instituciones pasajeras, levantadas sobre una arena movediza, y desmoronadas entre las manos de sus propios autores. ¡Gran Dios! qué implacable y terrible fué vuestra cólera para con los autores de esta conflagración impía, de estos sacrilegos que se bañaron en la sangre de vuestros sacerdotes, que mancharon y destruyeron vuestro tabernáculo augusto con el designio frenético de abolir la memoria de vuestro Cristo!... ¿Qué fué de los autores de esta famosa revolución? Siglo ateo, ¿dónde están tus sabios y tus fuertes? ¿Dónde los trofeos de tus victorias y los despojos de tus conquistas? Dichosos ellos, hermanos míos, si semejantes á los soberbios de Babilonia solo hubieran tenido que sufrir el humillante castigo de la confusión de las lenguas! Pero vedlos cómo espiran entre la oscuridad y la ignominia, cómo se despedazan y devoran mutuamente, y cómo representan casi todos en esta escena de sangre el doble papel de verdugo y de víctima.

¡O pueblos! atended: esta lección ha sido dictada para vosotros. Temed á la vista de estos estragos, temblad: la atmósfera que circunda al universo no acaba de purificarse aún de este contagio maligno que afligió tanto á la religión de Jesucristo, y arrebató tantos hijos á la patria de Godofredo. Y vosotros, Grandes de la tierra, aprended aquí lo que cuesta el abuso del poder: sabed que le te-

neís prestado, y que para confundir y arruinar totalmente al insensato que se arma contra el cielo, no se necesita de otro impulso, que el que bastó para sacar al mundo de la nada. Abrid los ojos y convertid á vuestro propio bien las lecciones que suministran estas catástrofes sangrientas: no sea que perezcaís entre los clamores desesperados de un tardío arrepentimiento, cuando el Hombre-Dios haya pronunciado el *hasta aquí* de su paciencia y hecho tronar sobre vuestras cabezas el tremendo rayo de su ira. *Nequando irascatur Dominus, et pereatis de via justa.* (+)

¡Qué grande y sublime se presenta, Señores, á mi alma ese madero augusto, cuando le veo reunir á su rededor la sabiduría, la virtud, el poder, cuanto hai de mas admirable en los cielos y en la tierra! ¿Quién temerá por el reino que él preside, cuando repasa la serie infinita de sus victorias y mira disiparse inevitablemente las negras tempestades que hace brotar el abismo? Ved Católicos, el nuevo reino presentando el modelo de todas las sociedades: ved este imperio donde la libertad evangélica dulcemente abrazada con la fé, anuncia desde la cruz de Jesucristo aquel *imperio sin fin*, que no estaba prometido por cierto á los descendientes de César. ¿Qué política es esta, que tan maravillosamente combina los derechos y la autoridad, los intereses del súbdito con el poder del magistrado? ¿Qué imperio es este, donde no se ha interrumpido jamás la sucesión de los Soberanos, sin embargo de no contar con otra dinastía que los vínculos de la fe? Colocado en medio de todos los reyes, el Vicario de

(+) Ps. II, 12,



Jesucristo ve nacer, encontrarse y morir todas las vicisitudes de la política, sin que vacile un instante su trono. ¿Quién contará, Señores, todos los caracteres diversos que han ido presentando en la serie de los siglos la política, la legislación, los principios del orden, el genio de los pueblos y la suerte de los gobiernos en las instituciones humanas?

¡O Iglesia de Jesucristo, sociedad única y verdadera, imperio por excelencia! Tu descubres en esa silla invulnerable, en esa luz indeficiente, en ese principio eterno, independiente de todas las vicisitudes humanas, en esa unidad exclusivamente tuya, en esa universalidad tanto mas duradera cuanto mas espontánea, que no perteneces al mundo, que eres la Esposa de Jesucristo, que no prevalecerán contra tí las puertas del infierno. Verás levantarse y abatirse todos los tronos, grandes y decadentes todas las sociedades, resplandecientes y oscurecidas todas las glorias, mientras que tú, superior al tiempo y á la muerte, aparecerás inmune, como el arca misteriosa, entre las ruinas deshechas de cuanto existe; y como te vió el hombre, constante y fuerte en tu nacimiento, te verá tambien triunfante y gloriosa, *á la luz moribunda del universo abrazado.*

No me sorprende ya, Católicos, ver á Jesucristo anunciando mui anticipadamente las glorias de su cruz, levantarse para ir á Jerusalem, diciendo que ha llegado la época en que va á ser glorificado el Hijo del Hombre. Ahora comprendo aquella gloria que vió el Evangelista San Juan, aquella gloria suprema y única del unigénito del Padre, esa verdad infalible que hizo caer el cetro del pensamiento de las manos del filósofo gentil, esa trasformacion que en el universo producen las innumerables virtudes pue

corren con la sangre del Mesías, este reino invencible que nace de la cruz: ahora comprendo esa plenitud de gracia y de verdad, que abre las puertas del cielo al universo condenado, limpia y regenera la naturaleza humana, marchita y muerta por la primera culpa. Mi alma queda absorta en la contemplacion de tanta grandeza, dulcemente agoviada bajo el peso de tanta magestad y de tanta gloria: el nombre augusto de Cristiano eleva mi corazon, y un enagenamiento sublime se apodera de mí, cuando veo la Cruz de Jesucristo en los brazos de los Mártires, en el candor de las Vírgenes, en la mano del Apóstol, en los libros del Sabio, en los dedos del niño, en el pecho del rústico y en la frente del Monarca.

Ved pues, hermanos míos, ved fielmente cumplido el oráculo del Redentor. Todo le está sometido, pues desde el instante mismo en que fué elevado sobre la cruz, el mundo tuvo un libertador, la virtud un dechado, la culpa una víctima infinita, la Iglesia un Gefe, la religion un Pontífice, los pueblos un pastor, los gentiles una luz, Israel un consuelo, los justos un santificador, los ángeles un Rey, los santos un reino, y el Eterno Padre un holocausto digno y adoradores en espíritu y en verdad.

Católicos, cuando hemos presenciado la regeneracion de todo el universo para anunciar á Jesucristo, cuando hemos visto á la filosofía orgullosa ceder el campo á una verdad que tan soberanamente descubre su origen divino en la persona de su autor, en la sublimidad de sus misterios, en la unidad de su economía, en la universalidad de su inteligencia, en la santidad de su moral y en la eternidad de sus promesas, cuando hemos visto al Hombre-Dios criar la virtud en la tierra, rendir y anonadar el orgullo con



sus santas humillaciones, inutilizar y confundir con su poder soberano las negras maquinaciones y los combates impíos, cuando hemos presenciado las innumerables y gloriosas conquistas de los Apóstoles, de los Mártires y de los Confesores, rendirse los Imperios á la palabra santa, y caer pueblos y reyes al pié de la Cruz, tiempo es de convertir de nuevo nuestras miradas hácia el Gólgota, y reconocer, admirar y bendecir en esa víctima santa la sabiduría, el poder, la inmensa magestad del Hombre-Dios.

Desde esa colina donde le coloca la ingratitud de un pueblo rebelde, desde ese patíbulo que ha transformado en un monumento de gloria, pasea sus miradas por todo el universo, registra los pasados y futuros siglos, que han de conducir hasta la eternidad los humildes tributos de adoracion, de reconocimiento y de amor, los inflamados votos de todos los hombres, las virtudes de todos los justos, el culto magnífico de todos los pueblos, el santo vasallage de todas las generaciones. A su presencia buyen medrosas las tinieblas que habian cobijado la tierra, disipadas por el esplendor divino que sale de su cruz; bajan hasta el abismo los infames restos de la idolatría y descuelan los inexpugnables muros del nuevo templo; la figura cede el campo á la realidad y sobre el antiguo pavimento de la Sinagoga se levanta el tabernáculo augusto que ha de habitar en persona el Hijo de Dios vivo.

¿Cuál es aquí nuestro deber, hermanos míos? Reconocerle Rei en medio de sus ignominias, é inspirados por su gloria, entonar el *hossana* sublime, aclamarle libertador apesar de su muerte. Esa Cruz es el trono del mundo, esa corona de espinas es la única diadema, esas llagas son otros tantos monumentos de inmortal victoria; la eterna Magestad de los cielos consagra en el culto sublime de los ángeles y

de los hombres ese aparato fúnebre, esa urna de dolor. Criaturas todas, reconoced á vuestro soberano: Cielos, inclinaos á su presencia; postraos delante de él, vosotros todos los que ocupáis la tierra, estremeceos al escuchar su nombre, potestades vencidas, que habitáis en las eternas llamas: „que al nombre de Jesus, se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos.” *In nomine Jesu omne genu flectatur celestium, terrestrium, et infernorum.* (†)

Redentor del mundo, nosotros nos postramos delante de vos, para rendiros en vuestras aras el culto solemne de nuestra admiracion y de nuestra gratitud. Hombre Dios, á vos pertenecen todos los homenages: Dueño sois de todos los beneficios que el universo disfruta, de la verdad que nos ilustra, de la virtud que nos santifica, de la Iglesia que nos conduce, que nos sostiene y que nos salva. Vuestro es el poder, vuestra la divinidad, vuestra la sabiduría, la grandeza y la gloria. Bendicion, claridad, accion de gracias á vos, honra y culto sin fin á vos, Rey eterno de los ángeles y de los hombres. Que á vuestro nombre, pues, se postre el universo; que todos los pueblos os escuchen como al autor supremo de la verdad; que todos los hombres os veneren como al modelo divino y único de la virtud, que todos los reyes pongan el cetro y la diadema á los piés de vuestra magestad; y que nosotros, ó Jesus, permanezcamos firmes en la profesion de vuestra fe, que no aspiremos sino á la gloria y á las santas delicias de vuestra Cruz, y que despues de haber permanecido fieles en la milicia de vuestro reino, recibamos de vos mismo en la triunfante Jerusalem la corona de inmortalidad que habéis prometido á la constancia heroica de los justos. *Amen.*

(†) *Ad. Phil. II, 10.*



